

qué no me la devuelven?... creía que el oro podría servirme para... no, no, me he engañado miserablemente; yo veo en todo lo que acontece una mano oculta, esa sombra que me persigue de continuo, que me hiere y busca mi corazón para lacerarle.... la memoria impía de la gitana no se aparta de mi cerebro; esa mujer ha jurado vengarse de mi abandono.... cumplirá su palabra.... Dios mío!.... yo no quiero que cebe su furor en mi hija.... esto sería horroroso!....

Treviño golpeaba su frente sobre las tablas de la mesa como un desesperado.

—Sería capaz de llamar en mi auxilio al mismo Lucifer.

Al pronunciar estas palabras, sintió que una mano le daba tres golpes el hombro.

—¿Qué quereis en mi casa? preguntó asustado.

—Decís, señor de Treviño, dijo la madre Paulina, que seríais capaz de llamar en vuestro auxilio al mismo infierno?

—Y qué teneis que ver con lo que yo piense?

—Nada y mucho.

—Explicaos.

—Qué os pareciera, señor de Treviño, que tomando nota de vuestras palabras las trasmitiera al Santo Oficio?

—Idos de aquí, bruja infernal! gritó el portuges.

—No, no puedo irme, tenemos que hablar.

—Os arrojaré de mi casa como á una sabandija.

—Probadlo.

Levantóse airado Treviño y tomó una de sus pistolas que tenía en el cajón de su escritorio; la preparó, y dirigiendo la puntería á la frente de la bruja, le dijo:

—O salís de aquí, ú os levanto la tapa de los sesos!

—Y quién os diría algo de vuestra hija? preguntó con calma la vieja.

Treviño arrojó el arma y tomó la trémula mano de la madre Paulina.

## CAPITULO VII.

### LAS PIEDRAS RODANDO SE ENCUENTRAN.

#### I.

La víspera de ese día memorable para la gente de cuentos de Valladolid, en que salió la caravana del Santo Oficio precedida por fray Angel de la Divina Infantita, D. Manuel Perez de Treviño estaba en su escritorio, sombrío y meditabundo por la pesadumbre que habia caído á plomo sobre su corazón.

El infeliz portuges habia llorado mucho la pérdida de su hija y culpaba de todo al fraile, que con su aparato aterrador habia hecho que la criatura se escapase del hogar, siguiendo asaso una senda que diera en un abismo; porque el mundo lo ménos que respeta es la desgracia.

Treviño estaba sentado con los codos apoyados sobre la mesa y el rostro sepultado entre las manos.

—¿Qué será de Rosalía? se preguntaba el desgraciado padre; estará en algun sitio donde la hayan ocultado la verdad de este fatal acontecimiento? ¿que objeto llevarán en atormentarla? ¿por

—Soltadme! gritó la vieja como si le hubiese tocado una víbora.

—Tened compasion de mí, clamaba lleno de emocion el portugues; si sabeis algo de Rosalía, no me lo calleis, por Dios, disponed de mi hacienda, pero qué digo, de mi alma, de todo mi corazon!

—Vuestra alma tiene dueño, y vuestro dinero será pronto confiscado.

—Que mi alma tiene dueño?

—Sí, Satanás, dijo sombríamente la bruja.

El portugues se estremeció, comenzaba á influenciarle la presencia de aquella mujer.

—Pero hablemos claro, vuestra conversacion es extraña, nada me decís, y sin embargo, por algo habeis venido.

—Efectivamente, vengo á hablaros de Rosalía.

—Os burlais de la desgracia de un padre infeliz?

—Y vos, señor de Treviño, nunca despreciásteis el dolor de algun padre, de alguna pobre familia?

El portugues inclinó la cabeza.

—Pero lo que yo sufro es horroroso!

—Contestad á mi pregunta.

—No lo sé.

—Sois flaco de memoria.

—Pero á vos qué os importa?

—Nada, pero el destino tiene sus misterios, y no seria extraño que al raptor de una mujer, mañana le robasen á su hija; porque en el mundo con la vara que mides serás medido.

—Sentencia horrible!

La bruja volvió á su vez la cabeza y pareció sumida en el mar lejano de sus recuerdos.

—Yo necesito saber la verdad.

—Pues bien, dijo la bruja, vuestra hija está en poder de su amante.

—Ira de Dios! gritó Treviño, dando un golpe terrible sobre la mesa.

—Sí, vuestra hija al huir de la castástrofe que os amenazaba, dió con el estudiante.

—Robada!---- probadme lo que decís; pero al momento, yo necesito saberlo todo.

—Quereis mas, todavia?

—Sí, es preciso arrancar de su poder á mi hija, vengarme de ese miserable, matarle!

—Matarle---- matarle---- murmuró la vieja.

—Sí, matarle, porqu' atropellar la honra de una criatura, lanzarla en el mundo del desengaño, perderla, burlar las canas venerables de un padre, es una sentencia---- pero una sentencia espantosa!

—Ved lo que decís, señor de Treviño.

—Acabemos de una vez con tanta reticencia, ¿qué os habeis propuesto al penetrar en mi casa, y llegar á mi aposento?

—No hay nada en vuestra memoria, que os traiga el recuerdo de una cita?

—Yo no os comprendo.

—Manuel de Treviño, acordaos que al tocar un buque las costas del Africa y dejar en sus playas á una niña infortunada, ella os gritó desde la arena: te buscaré al traves del mundo!

—Sí, sí; pero vos qué teneis que ver con esa mujer que hace diez y seis años se ha hundido para siempre en la tumba de una juventud desastrada y perdida?

—Al atravesar el *Estrecho* íbais sobre la cubierta viendo perderse en la bruma las playas y os alejábais satisfecho á las regiones del Nuevo Mundo.

Treviño se dejó caer en el sillón mientras que la bruja se le acercaba dominándole con sus miradas de fuego.

—Recordad que una turba de gitanos atravesaba por Gibraltar, desheredados, miserables, hambrientos; que aquel grupo de

infelices llegó á las puertas de un poderoso á pedir una limosna en cambio de unas tristes canciones, cantadas delante de su palacio.

—Callad.... callad....

—Que el magnate vió á una niña que servía de amparo á un anciano ciego y sin refugio, y que ese miserable sintió amor por la criatura, y arrancándola por violencia de su tribu la llevó consigo sin escuchar las amargas quejas del ciego, y despreciando las lágrimas de la inocencia!

—El cielo se conjura contra mí!

—Cuando aquella mujer se sintió amada amó también con locura, con frenesí, con desinterés; porque ella, pobre gitana, no podía aspirar á la mano del poderoso. El mundo vedaba aquella unión; pero la joven creía que Dios la santificaba, y entregó con toda la pureza de su alma su existencia entera á ese cariño.

—Es verdad.... es verdad!

—Aquel hombre, presa de un amor inmenso, llegó á creer en un *maleficio*, llegó á creer que estaba *hechizado*.

—La conciencia....! el remordimiento!....

—Entonces, huyendo á la persecución que ya se desataba en su contra, quiso deshacerse de la gitana, sacrificarla, asesinarla sin piedad, y fingiendo un viaje tocó las playas del Africa, y aprovechándose de un narcótico, dejó á la pobre niña en suelo extraño....

—Horror!.... horror!....

—Levantóse la gitana entre el vapor del vértigo, y vió alejarse á su amante, cuya figura se destacaba sobre la cubierta del buque.

Entonces le aplazó para cuando el destino la arrojase en la misma senda, esa senda que ella ha buscado con avidez hasta encontrar vuestras huellas.

—Yo siento la muerte!

—La joven ha tenido que sacrificarse durante dos años mor-

tales, viviendo bajo la tienda hospitalaria de un africano y en aquel clima abrasador.

Un día, día terrible.... inolvidable, llegó una turba de españoles negreros y se arrojó sobre la tienda, y robándose al padre y á los hijos, los encadenó, y bajándoles á la bodega de un buque los trasportó á la América, donde fueron vendidos en el mercado....

El portugués estaba pálido como la muerte.

—La gitana había seguido á la familia protectora, y se encontró en estas regiones sin amparo, sin una mano compasiva que enjugase lágrimas tan amargas.

El acento de la vieja pareció conmovido; pero tomando después su entonación violenta y sonora continuó:

—Un día en que la joven vagaba á merced de su destino, se encontró con su antiguo amante, acechó el lugar de su habitación y halló que se había casado.... miserable!.... Una niña de cinco años estaba sentada á sus rodillas, la acariciaba, ensortijaba sus cabellos y parecía recrear su espíritu en aquel serafín.

La gitana intentó robarla, pero sorprendida y encarcelada, pasó cinco años en reclusión, allí aprendió á hacer brebajes para los que sufrían mal de amores, la instruyeron en la brujería, ella recordó cuanto había oído á los de su tribu en materia de quiromancia, y acabó por hacerse hechicera! Sí, en medio de su desesperación evocó al espíritu rebelde, y el espíritu tendió sus alas sobre aquella existencia en la calcinación de la rabia y del extravío.

—Pero había perdido el juicio esa mujer!

—Tal vez; pero se ha creído inspirada por Satanás.

—Dios mío! loca, loca, como yo en los días aciagos de nuestros amores!

—Comenzó por darle un bebedizo al alcaide de la prisión, á contarle leyendas, á entonarle cantares gitanos.... á inficio-

narle hasta arrancarle las llaves de la prision..... entónces dejó aquella mazmorra y huyó dejando loco al alcaide y la memoria de sus brujerías como tradicion en la cárcel.

—Ese era su destino, murmuró el portugues.

—Sí, pero su destino no estaba eslabonado al vuestro para perderla.

—Es cierto..... la predestinacion.

—No llameis en vuestro auxilio esas palabras para exculparos.

—Pero en fin, gritó Treviño en un arranque de furor, qué quereis de mí?

—En nombre de una mujer engañada, de un corazon lacerao por vuestras ingratitudes, vengo á gozarme en los tormentos que os despedazan como las furias del remordimiento!

—La maldicion de esa mujer me alcanza, Dios poderoso!

—Y su venganza no está aún satisfecha; la gitana encontrará á vuestra hija, porque sabe el rumbo por donde marcha, tiene oro, mucho oro para arrebatarla de este suelo y llevarla á Europa. Cuando esto haya acontecido, entonces os entregará á la Inquisicion, apelará á la calumnia, como vos apelásteis al engaño; porque hay odios que solo se extinguen en la tumba!

—Miserable! gritó Treviño, y fuera de sí quiso arrojarle sobre la bruja.

—Atras! gritó la vieja despojándose de la toca y echándose atras el manto.

—Jesucristo! exclamó el portugues y cayó arrodillado á los pies de la madre Paulina.

Apagóse de súbito la luz y todo quedó en tinieblas.

—Zaida, Zaida, exclamaba Treviño..... perdóname..... perdóname..... vuélveme á mi hija..... ten compasion de mí.

Arrojóse despues sobre la puerta, la abrió con violencia y se encontró con el enviado del Santo Oficio.

## II.

—Qué quereis aquí, fray Angel?

—Vengo á deciros que mañana salgo con los presos para México.

—No la habeis visto?

—A quién?

—A ella.

—Quién es ella?

—No, nadie, nadie..... parece increíble.

—Serenaos.

—Mi cerebro ha sido presa de una fascinacion espantosa..... he visto un cuadro horrible..... es decir, he creido ver la imagen de una mujer á quien creia muerta.

—Dios mio! exclamó el fraile, el *malo* anda entre nosotros, yo tambien estoy trastornado, estoy seguro que en el catalan, precisamente en el catalan, yo no bebo otra cosa, es donde me han dado el *hechizo*. Y á vos?

—Yo acabo de hablar con una aparicion.

—*Sanctus Fortis!*

—No, no he soñado, es ella, ella misma, sos ojos, su voz, su semblante marchito por los sufrimientos.

—De quién habláis?

—Perdonad, estoy malo con esta pesadumbre..... necesito tranquilizarme.

—Es verdad.

—Me traeis alguna noticia?

—No, nada he podido averiguar.

—Fray Angel, la desgracia comienza á perseguirme..... tengo miedo!

—Oidme, el lugar mas á propósito para ocultarse, decididamente es la capital del reino.

—Y bien?

—No será extraño que vuestra hija haya tomado ese rumbo.

—Teneis alguna probabilidad de-----

—No, la sola presuncion; pero en eso nada se pierde.

—Teneis razon, buscaré hasta encontrarla.

—Pues marchemos.

—Oidme, aquí en este rincon del mundo estoy al abrigo de las persecuciones, al verme en la capital, se comienza á indagar el objeto de mi viaje, ya sabeis lo aborrecidos que estamos los portugueses, se me declara sospechoso y-----

—No temais, yo os presentaré con el inquisidor D. Pedro Nuñez de Clavijero, le contaré vuestras desgracias y contareis con su proteccion y amparo.

—Quién es ese inquisidor?

—Precisamente es un paisano vuestro, un portugues.

—Ese nombre, Dios mio!

—Qué, le conocéis?

—Sí, lo he oido alguna ocasion en mí país.

—Mayor razon para estar tranquilo.

El portugues se quedó un momento en la abstraccion de sus recuerdos.

—Mañana, continuó el fraile sin curarse de que no lo escuchase Treviño, saldré con gran pompa de la ciudad, llevando conmigo á los presos. No será mala la figura que haga el elérigo Fontolongon en la mula aparejada----- Pobre maestro de aposentos! no le he permitido hablar ni una sola palabra, porque si se deja oír, de seguro se me escapa. En cuanto á Lino el mulato, ya me pagará aquello del *catalan*, veremos si á las tres vueltas no despepita todo lo que sabe y no sabe. El barbero está en *bábia*, la paliza lo tiene descoyuntado, molido, y amen de sus dolencias le espera una *prueba* que no ha de ser de lo mas agradable. Ya saldrá en claro lo de las brujerías. ¡Conque e señor

de Ramos busca hechiceras para que le entreguen á las rapazuelas?----- ya----- ya. Mi entrada á México será solemne, rara, magestuosa como la de los vireyes: todæ la capital de etse reino sabrá que fray Angel de la Divina Infantita le ha prestado un gran servicio á la fé----- y despues habrá auto; yo me conformo con que el padre Pontolongon salga con *vela verde* y *sambenito* y que chamusquen al mulato; en eso no transijo, yo afirmaré lo del *catalan*----- Demonio! desde entonces, cada vaso que me tomo lo bendigo lo menos por tres veces; de esa manera no surtirán su efecto los hechizos----- ya estoy escarmentado----- me haré conjurar por los inquisidores, dispondré una ceremonia magnífica, yo espero que el diablo, correspondiendo á la magnitud del acto, truene como una bomba al abandonar mi cuerpo, haciendo visible su desaparicion----- Ya vereis, señor de Treviño, que mi viaje á México es de suma importancia; hacia tiempo que no se daba un espectáculo tan sorprendente, ¿lo oís?

—Me hablábais, reverendo padre?

—Cómo? si hace una hora larga que me la llevo de conversar.

—No habia oido.

—Pues no hablo tan bajo que digamos. Pues decia que si os resolvéis á marchar, sea esta misma noche; porque yo tengo dispuesto todo para la madrugada.

—Iré solo por mi camino.

—Bien, así no infundiremos sospecha de connivencia.

—Saldré esta noche misma.

—Me aguardareis en Toluca, voy á jornadas dobles, andaré ocho leguas por dia, ya sabeis que estos coches son pesados; ademas, el cuidado de los reos, las actas que tienen que levantarse en cada pueblo, los obsequios----- en fin, no pasarán muchos dias sin que llegue á ese punto; cuidaos del frio, es inmenso, capaz de enfriar á un cadáver que no tiene mucho calor que digamos.